

INNATISMO: ENTRE LA LINGÜÍSTICA Y LA FILOSOFÍA

EMILIO LLEDÓ

UNED

Desde Aristóteles sabemos que el Logos, o sea la facultad de emitir sonidos significativos (semánticos) es la característica esencial del ser humano. La historia posterior de la perspectiva aristotélica, no ha hecho sino confirmar esta tesis, de modo que la preeminencia del Logos para definir al hombre, se ha convertido ya en tópico. También lo es el reconocer en nuestro siglo idéntica preeminencia a la lingüística, en la que se configura un tipo de conocimiento que parece haber alcanzado un particular desarrollo, y con él una ciudadanía bien merecida en el territorio de la Ciencia. La conciencia histórica que, a su modo, fue un elemento decisivo en la cultura del siglo XIX, podría haber sido reemplazada en buena parte por la conciencia lingüística.

Por conciencia histórica se entendió, entre otras cosas, una interpretación del individuo emergiendo de un plasma cultural que lo creaba y, al par, lo condicionaba. En este sentido y con todas sus limitaciones, este historicismo sirvió, no sólo para dar enfoques y luces nuevas al pasado, sino sobre todo, para empezar a oír la historia bajo un ritmo marcado en movimientos mucho más amplios y lentos que el de la mera individualidad.

La historia surgía así como matriz más que como maestra, y en ella se desarrollaba, a través del tiempo, las formas culturales y políticas que determinaban estilos, épocas, problemas. Para que se diese este horizonte totalizador era preciso, sin embargo, una organización de la sociedad, unos esquemas objetivos

que hicieran posible un nuevo ambiente intelectual y una distinta idea del hombre.

La conciencia lingüística ha estado a su vez fomentada por otro clima. El acercamiento de los hombres, debido al desarrollo técnico, a la celeridad de la información y a la singular estructura de un universo convertido en noticia, ha llevado también a objetivar, con más radicalidad, el fenómeno del lenguaje y a considerarlo, desglosado de su carga cultural. El lenguaje se ha presentado pues, bajo un aspecto fundamentalmente formal y abstracto, en consonancia, tal vez, con las nuevas necesidades teóricas y sociales.

Sin embargo, así como una posible metafísica del Logos, podía hacer olvidar que éste no existe si se desgaja del ζῷον, del «animal» que al articular ese Logos se convierte en hombre, una excesiva singularización de la lingüística como ciencia, podría hacerla desviarse de su origen y su contexto, que llamaríamos, de una manera muy provisional, las Humanidades.

Estas consideraciones tienen como objetivo, no tanto el reclamar la primacía de un trasnochado humanismo, cuanto el aludir a un problema central con el que está chocando la lingüística, en la vanguardia misma de sus líneas más avanzadas. Precisamente el análisis de esta frontera es lo que puede justificar un planteamiento de la lingüística, en contraste con un tipo de saber mucho más antiguo que ella y, por tanto, más desgastado: la Filosofía.

El hecho de que tenga sentido plantear esta relación, más allá del simple esquematismo de sus nombres, supone la aceptación de una serie de posibles conexiones entre los contenidos que encierran.

En este momento quizá podría ser útil una previa reflexión metodológica:

¿Cómo desarrollar las conexiones entre Filosofía y Lingüística? ¿Qué tipo de clarificaciones podrían venir para la Lingüística y también para la Filosofía de tal enfrentamiento? Por supuesto que aquí tendríamos que hacernos la pregunta de qué entendemos por los términos que configuran el problema.

No sería demasiado difícil el llegar a un tipo de compromiso que nos permitiera operar con fluidez, por lo que se refiere al sentido del término Lingüística; pero, por lo que respecta a la Filosofía, podrían aumentar las dificultades entorno a una precisa definición de esta palabra. De todas formas a pesar de esas dificultades y de la injustificada mala prensa que goza cualquier intento de establecer hoy una delimitación actualizada del dominio filosófico, también sería posible llegar a una demarcación.

Pero, aunque en planteamientos semejantes, es éste el método más normal, no parece ser ya el más recomendable. Precisamente uno de los logros del clima intelectual de nuestro tiempo consiste en la necesidad de revisar los cortes que las llamadas disciplinas científicas, han dado en el territorio del conocimiento.

Estos cortes manifiestan los profundos vínculos que atan parcelas, consideradas sin razón alguna como independientes y absolutas. Por ello intentar ahora delimitar, escolásticamente, las definiciones de ambos saberes, sería caer en una dicotomía que en las páginas que siguen, voy a intentar eludir.

Es cierto que, desde Frege y Carnap los enunciados filosóficos han adquirido rigor, cuando se ha podido establecer con precisión sus criterios de verificación, fundados en el compromiso semántico implicado en los términos que integran esos enunciados. Pero estas manipulaciones terminológicas, tan fecundas, no harían, en este caso, sino enmascarar el problema.

Se trata, pues, de investigar las relaciones que pueden establecerse entre un determinado sistema conceptual, la Lingüística, que ha llegado a una serie de precisiones teóricas para analizar y describir el lenguaje, y un conglomerado de problemas surgidos de planteamientos epistemológicos y prácticos de los hombres, y que en las respuestas dadas a lo largo de veintiséis siglos de historia ha constituido, en la multiformidad de esas respuestas, el saber filosófico.

El hecho, sin embargo, de que se enfrenten una supuesta disciplina científica, que, a pesar de las discusiones en torno al sistema terminológico y conceptual que mejor la determina, posee un cierto cuerpo dogmático, y un tipo de conocimiento, la Filosofía, difícilmente dogmatizable, ofrece un particular interés. En primer lugar, porque se pone de manifiesto las difusas fronteras que, felizmente, separan las vacías denominaciones que expresan la aventura del conocimiento humano; pero además porque se descubre en ello la necesidad no tanto de establecer nuevas ataduras interdisciplinarias, cuanto de ahondar importantes aspectos del dominio científico desde ángulos más abiertos.

Es curioso que después de tantos años de trabajo riguroso sobre el fenómeno del lenguaje y de haberse constituido un cuerpo de doctrina que, por ese mismo rigor, ha adquirido un indiscutible *status* científico, la Lingüística haya permitido que, casi como una novedad, aparezcan entre sus bien formadas filas de lexemas y morfemas, de constructos, de símbolos lógicos, de transcripciones, de generadores semánticos, etc., los viejos fantasmas del pasado, digamos, precientífico.

Recuerdo, a este respecto, la extraña impresión que me produjo la primera vez que descubrí la presencia de esos fantasmas ancestrales, en las páginas de Chomsky. Efectivamente, entre exuberantes árboles generativos que nos mostraban en sus brotes sintácticos, de manera irrefutable, que «un hombre que es sabio y que es honesto» es, *profundamente*, un hombre sabio y honesto, asomaban expresiones tales como *ideas*, *innato*, *mental*, «a priori», etc. El que tales palabras surgieran motivadas por el encadenamiento de las más férreas termino-

logías y los más asépticos formalismos, no podían por menos de consolar al estudioso de la filosofía que, por un justificable instinto de conservación, o por un perdonable temor al ridículo, no se atreve ya a conjurar semejantes espíritus. Algo inevitable ha tenido que ocurrir para que en un caldo de cultivo tan bien esterilizado, cercado por tupidas mallas de impresionantes símbolos y defendido, muchas veces, por iluminados apóstoles de la nueva liturgia se hayan filtrado estos cuerpos extraños, estos «entia sine necessitate».

Este hecho nos lleva a formular las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué se ha abierto esta inesperada grieta en el cerrado espacio de la terminología lingüística?
2. ¿Tienen las proposiciones lingüísticas, formadas por *constructos* lingüísticos, una significación objetiva, o son simples formas subjetivas?¹

Por «constructos lingüísticos hay que entender aquellos que no se dan en la experiencia inmediata como el *electrón* en la física, el *gene* en Biología o el *fonema* en la Fonología, etc.»².

Precisamente el que, al describir el lenguaje, se haya podido construir un sistema coherente para explicar parte de su funcionamiento, ha convertido a la lingüística en ciencia. Pero la organización teórica implicada en el modelo lingüístico, ha dejado ver que al lado de esos «constructos» y de su consiguiente proceso de formalización, volvían a plantearse cuestiones elementales, que parecían no encontrar su fundamentación en el modelo establecido, sino que necesitaban enraizarse en otro plano distinto.

Es sabido que la ciencia organiza sus abstracciones y generalizaciones sobre modelos que, o bien descansan en la interpretación y manipulación de hechos empíricos, o bien, como Kant ya había mostrado³, compensan la distancia que de la experiencia los separa, con «construcciones» o sistemas conceptuales que aunque a priori, acaban por encontrar en determinados momentos algún modo de confirmación empírica.

La dicotomía, pues, entre mente y materia, entre subjetividad y objetividad, quedaba siempre enhebrada, a pesar de todos las sutiles distinciones que a este respecto ha hecho la filosofía de la ciencia contemporánea, en un ineludible tipo de mediación que Kant denominó «transcendental». Con este

¹ S. K., SAUMIAN, *Philosophie und theoretische Linguistik*. München, Fink, 1973, pág. 141.

² S. K., SAUMIAN, *Ibid*, pág. 143.

³ *Kritik der reinen Vernunft*, ed. Schmidt, Hamburg, Meiner, 1952, pág. 290.

término, Kant se refería a una característica esencial del *ser* humano, que no aceptaba la exclusividad de la experiencia en el proceso del conocimiento, como parece ser que pretendía el empirismo, ni la de la mente como quería el racionalismo.

El planteamiento kantiano estableció, pues, el conocimiento en la frontera en la que se dan cita la objetividad y la subjetividad. Esta frontera disolvía el pseudoproblema que ha vuelto a atenazar a la lingüística chomskyana y a entablar largas polémicas sobre un territorio conquistado y ocupado hace ya tiempo⁴. Tal vez, desde esta demarcación no suficientemente analizada, al haberse dedicado los lingüistas a preparar sus escaramuzas desde los cuarteles del empirismo y el racionalismo, sea posible establecer algunos puntos de contacto entre la Lingüística y la Filosofía.

Un planteamiento, válido para el estudio de esta relación, pueda llevarse a cabo buscando, en algunos de los problemas debatidos en la actualidad, el sentido de estos debates, y su contenido teórico. Los puntos de fricción que han encendido la chispa de estas cuestiones son puntos en la retícula lingüística; pero sus chispas han vuelto a hacer fuego en otros dominios, por ejemplo el de la Filosofía.

Los temas en torno a los que se han originado estos debates son:

- «Pensamiento», «Estructura profundas», «Innatismo», «Apriorismo», «Ideas», «Gramaticalidad», «Experiencia», «Universales lingüísticos», «Sujeto-objeto», «Metalenguaje», «Representación», «Signo», «Concepto», «Imagen lingüística», «Aprendizaje», «Estructuras sociales», «Información», «Mente».

Veamos algunos de ellos, enhebrados al hilo de un elemental planteamiento que arranca de Rudolf Carnap, uno de los filósofos que, con aportaciones fundamentales, ha contribuido al progreso de estas «cuestiones disputadas».

En su «Introducción a la Lógica Simbólica» afirma Carnap⁵ que «en cada situación en la que se utiliza un lenguaje hay que distinguir tres factores fundamentales:

- 1.º) El hablante, o sea un organismo, en una situación concreta, y en una concreta circunstancia.

⁴ Cfr. las discusiones en torno al problema de la idea innatas en *Synthèse* XVII, 1 (1967) (traducido en *Teorema* III, 1, 1973).

⁵ R. CARNAP, *Einführung in die Symbolische Logik*. Viena, 1954, pág. 70.

- 2.º) Las expresiones de habla utilizadas, o sea los sonidos emitidos por el hablante, o los signos escritos por éste.
- 3.º) Los objetos, las propiedades, los contenidos que el hablante, con los medios aludidos, pretende significar. Le llamaremos a esto: *designata* (así, por ej. el color rojo es el *designatum* de la palabra rojo). La teoría general de un lenguaje objetivo será la *semiótica* de ese lenguaje, que, por cierto, se formula en un “metalenguaje”».

Esta división procedía de Morris que en un importante trabajo de 1946⁶ en el que se reelaboraban ideas anteriores, había integrado en la semiótica tres aspectos a los que llamaba, como es sabido: Pragmática, Semántica y Sintáctica.

Estos tres dominios se implicaban mutuamente, de manera que el formalismo de una relación entre los signos tiene que responder, en algún momento de esta relación, a los *designata*, y éstos, a su vez, subordinarse al hombre en conexión con su cultura y con su historia. El circularismo de implicaciones entre las distintas perspectivas de las funciones lingüísticas, tiene también una larga tradición que entronca con la filosofía trascendental kantiana: «Todo concepto, y con él todo principio, por muy *a priori* que sea, se refiere a intuiciones empíricas, a datos de una posible experiencia. Sin esto no tiene validez objetiva alguna sino que son un mero juego... y aunque todo principio y la representación de un objeto, con la que la ciencia se ocupa, se engendra absolutamente *a priori* en el espíritu, no tendrían significación alguna, si no pudieran contrastar su significación con la apariencia, o sea con los objetos empíricos»⁷.

El querer sacar del estrecho dominio de un «mero juego» la terminología y el mismo formalismo lingüístico, para que, de algún modo, se produzca la conexión total con el «animal que habla» es lo que puede haber llevado a la aparición de los «fantasmas filosóficos», o mejor dicho de los planteamientos epistemológicos en la moderna lingüística. Con ello se enunciaba también una famosa pregunta que Kant hacía al final de la *Crítica de la razón pura*: «¿qué puedo saber?».

Una primera respuesta a este interrogante se formularía así: Podemos saber aquello que, manifestado en el lenguaje, alcanza, de algún modo, el verificarse en él. Por consiguiente, en el esquema de Carnap, aquellos vínculos *sintácticos*,

⁶ CHARLES W. MORRIS, *Sings, Languaje and Behaviour*. New York, Prentice Hall, 1946.

⁷ I. KANT, *Kritik der reinen Vernunft* B 299.

o sea del lenguaje, que partiendo de unos axiomas establecidos, se desarrollan sin contradicción en la deductividad inherente a ese desarrollo.

Una segunda respuesta, en el mismo esquema de Carnap, consistiría en afirmar que podemos saber aquello que, manifestado también en el lenguaje, se verifica fuera de él, o sea: el coherente enlace entre los puntos dos y tres de este esquema y que une a las expresiones con sus *designata*. Este balanceo entre el lenguaje y la clase de realidad que los *designata* implican —cosas, contenidos intelectuales, descripciones, etc.— proyecta sobre el lenguaje su ineludible compromiso semántico, su función epistemológica.

Pero hay además otro aspecto que Carnap destacó y en el que comenzará a ampliarse y, desde luego, a complicarse el problema epistemológico implícito en la pregunta «¿qué podemos saber?». Este aspecto tiene que ver con el *hablante*, el hombre que se comunica, que verifica y que sabe; el individuo miembro de la comunidad que le sustenta y le informa y que, al informarle, le conforma o le deforma.

Esta perspectiva se ha denominado *pragmática*, utilizando el término en un sentido muy amplio.

Desde el punto de vista del *obrar*, el lenguaje ya no es un sistema relativamente exacto y, por ello, la consideración pragmática se enfrenta a la tendencia fundamental del positivismo: concebir el lenguaje filosóficamente interesante, como lenguaje científico. Lenguaje es, en este caso, sistema y el sistema se encuentra, en buena parte, en el cálculo artificial, o sea haciendo abstracción de la consideración real del mundo y del *animal que*, en él, *habla*.

En este punto se plantea una importante cuestión que incide en el centro mismo de determinados planteamientos de la Lingüística contemporánea: ¿el análisis del lenguaje ha de ser *apriorístico* o *empírico*? Si consideramos exclusivamente, caso de que fuera posible, el aspecto apriorístico, podemos proceder con la seguridad de que nuestro *compromiso* con la supuesta realidad es mínimo y sólo tenemos que ver con las estructuras formales en las que un sistema conceptual se desarrolla. Pero si esta consideración es empírica, o sea, si el compromiso se extiende hasta la realidad y al hombre que, en definitiva, produce los sistemas conceptuales y actúa sobre el mundo y sobre los otros hombres, la cuestión se enriquece, aunque, al mismo tiempo, se torna vidriosa y pierde la seguridad que le prestaba la andadura formal.

Aquí surge uno de los términos clásicos que más resonancia ha tenido en la Lingüística reciente: el *innatismo*. El hecho de que no se haya planteado este tema prácticamente hasta Chomsky, indica que el lenguaje se hallaba instalado, más o menos, conscientemente, en una de las tradicionales laderas del racionalismo o el empirismo. Porque paradójicamente cuando se plantea el pro-

blema de las ideas innatas no es cuando se quiere afirmar el lado subjetivo del conocimiento, sino cuando se intenta destacar el hecho de que los datos objetivos son el origen del proceso cognoscitivo; porque, a su vez, este proceso no tendría lugar si no hubiere un medio común que hiciera desaparecer la dicotomía, ya injustificada epistemológicamente, de sujeto-objeto. Sin embargo, el problema que plantea esta polémica⁸ apunta sobre todo a establecer, desde la diversidad de las lenguas, unos principios organizadores y homogeneizadores de esta diversidad. Es evidente, sin embargo, que los supuestos principios o esquemas innatos no actúan en el individuo concreto, si carece de los estímulos verbales que los despiertan. El lenguaje es el medio en el que se llevan a cabo los procesos cognitivos y creativos. Los abundantes criterios aducidos entre los lingüistas, en defensa o en contra del innatismo, parecen haber olvidado este carácter *mediador* del lenguaje, que no es ni objetivo ni subjetivo. El lenguaje que sirve en el niño para despertar los posibles resortes innatos que organizan y sistematizan su experiencia, viene ya, valga la expresión, *innatificado*. No es una simple experiencia deshilvanada, sino que es producto de otras conciencias —un producto intersubjetivo— elaborado ya y moldeado en los mismos esquemas que se presuponen innatos en un posible y originario receptor.

No hay, pues, experiencia del lenguaje, a no ser que se entienda la experiencia como un conglomerado orgánico, en el que se han ido estructurando todas las respuestas que el ser humano ha podido dar a los estímulos de su entorno natural.

Es interesante observar que la vieja oposición, que ya aparece en el Crátilo platónico, entre el lenguaje «por naturaleza» (*physei*) o «por convención» (*nomō*), ofrece una solución a las aporías innatistas o empiristas. Porque si bien sería el lenguaje originado convencionalmente el que, a primera vista, parece más innato, más subjetivo, mientras que el lenguaje originado por la naturaleza, provendría sobre todo del dominio empírico, de la objetividad, es, sin embargo, la naturaleza misma, homogénea al cerebro humano y al mundo que el cerebro asimila, quien, como el mismo lenguaje, establece el puente que disuelve la alternativa entre objetividad y subjetividad, entre empirismo y racionalismo. Es, pues, en la naturaleza, o sea en el cerebro, donde se produce la reflexión sobre sí misma: la transformación de la naturaleza en cultura, de la sensibilidad en inteligencia. No hay, sin embargo, un allá ni un acá, algo exterior y algo interior. La mente humana es «exterior» como naturaleza e «interior» como reflexión; pero son dos caras de la misma moneda, dos lados absolutamente intercambiables del mismo metal.

⁸ Véase, sobre todo ésto, el libro de José Hierro S. Pescador. La teoría de las ideas innatas en Chomsky. Barcelona, Labor 1976 y la bibliografía contenida en él.

Aquí se produce también una nueva inflexión en el tema de innatismo, que tiene que ver con un aspecto relativamente olvidado de la «estructura profunda». Si este subsuelo de la lengua contiene ya todos los datos semánticos fundamentales, su configuración no es puramente sintagmática, sino que en ella actúan todos los posibles paradigmas, que, en niveles mucho más ricos que la mecánica selección de sinónimos, han ido estructurando la historia viva de la lengua y los reflejos, en ella, de la «semantización» del léxico, producto de la vida y de la historia. «La forma lingüística existe para el hablante... en un contexto ideológico específico. De hecho, nosotros no oímos ni decimos nunca *palabras*, sino que decimos y oímos lo que es verdadero o falso, bueno o malo, importante o intrascendente, agradable o desagradable, etc. Las palabras siempre están llenas de contenido y significado tomados de la conducta o de la ideología. Así es como entendemos las palabras y podemos responder sólo a aquellas que comprometen nuestra conducta o nuestra ideología»⁹.

Esta perspectiva coincide, desde otro ángulo, con una revisión de la oposición sujeto-objeto, que una cierta forma de materialismo pretendía superar interpretando la realidad sensible como simple objeto, y no como una actividad, como actividad humana concreta, como praxis y, al par, como subjetividad, entendida en cuanto proceso en el que el lenguaje constituye la función primordial. No hay, pues, objetos lingüísticos, sino hechos lingüísticos, o más bien interpretaciones.

Estas interpretaciones proceden de un innatismo que no es privativo de la mente sino que, una vez más, es resultado de una implicación «trascendental», o sea, del juego de intereses que interfiere y, en cierto sentido, humaniza la relación entre conciencia y mundo. El origen de estos «mecanismos» constitutivos y sus representaciones que, en algún sentido, podrían llegar a ser el «humus innato» de la historia, tiene lugar en tres planos diferentes:

- 1) Un mundo real y social (naturaleza e historia) integrado por:
 - a) «comportamiento» de personas en función de objetos y contextos vitales o ideales en los que estos objetos aparecen organizando determinadas «prácticas» de acción.
 - b) Por los ámbitos de experiencia de la realidad que condicionan determinadas perspectivas.

⁹ VALENTÍN L. VOLOSIMOV, *El signo ideológico y la ideología del lenguaje*. Buenos Aires. Nueva Visión 1976, pág. 89.

- c) por las tensiones provocadas en relación con la existencia individual.
 - d) por la trama de tensiones provocada por la existencia social.
- 2) Una estructura de objetos que emerge de un doble horizonte:
- a) el ámbito de la naturaleza determinado, principalmente, por su utilización.
 - b) el ámbito de la cultura, orientado desde una relación pragmática también, pero fundamentalmente creadora y cuyo sentido cambia con los cambios de la sociedad.
- 3) Desde el sujeto inmerso en lo natural, se origina además una conducta hermenéutica que modifica los datos de la naturaleza misma y del lenguaje, y que orienta un tipo especial de mentalización que integra las «variaciones» y fijaciones de una personalidad, fruto de su clave genética, de su «construcción», etc.

No se muy bien como se llamará la ciencia, el saber, que estudie estos problemas desde las perspectiva indicada.

Tampoco es una cuestión muy importante, si caen bajo el dominio de lo que se llama Lingüística, Filosofía, Epistemología, Pragmática, etc. En este caso el nombre es lo de menos. Porque no es el *Logos*, expresión de la lucidez y la claridad especulativa, lo que fue en el principio, sino un impreciso conglomerado que se llama *mundo*, y al hombre haciéndose en él.

Hay que saltar, pues, del significante al significado; pero, como hemos visto, saltar al significado es diluirse ya en las cosas, perder la seguridad, perderse en la vida. Pero, por supuesto, ganando nuevos horizontes para nuevas propuestas intelectuales, propuestas del lenguaje y de la problemática racionalidad que lo enhebra. Releyendo el conocido texto machadiano:

El ojo que ves no es
ojo por que tu le veas;
es ojo porque te ve.

podríamos glosarlo:

La lengua que ves, que oyes
no es lengua porque la escuchas, la ves;
es lengua porque *te es*.